

optára entre el cargo de chambelan ó el destierro al Cáucaso. El déspota asiático arrojó Daniel á los leones; el Czar ruso arrojó Pouchkine á los cortesanos. En semejante situacion no quedaba á Pouchkine otro recurso que morir ó deshonrarse, y escogió deshonrarse. Fué chambelan. La librea le pesaba como una cadena. Dios le habia hecho uno de sus ángeles de eleccion, y el despotismo lo habia convertido en una de sus bestias de carga. Allá, en la soledad de su alma, en el diálogo con su conciencia, cuando recordára que hay un Dios en el cielo y una justicia implacable en la tierra; delante de la historia, cuyos premios y castigos son eternos como la sucesion y la corriente de los tiempos, el poeta debia retorcerse de dolor, de ira contra sí mismo, de triste desesperacion por no haber preferido á los favores de los tiranos que matan, la trasfiguracion y la apoteosis del martirio, que deja inextinguible luz en la memoria humana.

Que su dolor fué grande, se conoce en que su vida fué desastrosa. Perdió lo más necesario á toda existencia, perdió la estimacion de sí propio. Buscó los medios todos de huir de sí mismo y no tropezar con el cadáver de su génio amortajado entre las espesas sombras de su conciencia. Para huir de sí mismo se entregó desenfrenado al placer. Aquella vida sin porvenir, torrente sin cáuce, pensamiento sin objeto, inteligencia sin luz, cántico sin ninguna inspiracion, corazon sin esperanza, espíritu sin ideal; aquella vida se evaporó, por lo que á ideas respecta, en lo vacío, y se estancó, por lo que respecta á sentimientos, en el vicio. La orgía fué para él como un bebedizo. Pero si en la orgía encontró alguna vez olvido, encontró tambien terrible, implacable castigo. Abrió las puertas de su casa á los epicúreos, y los epicúreos, segun sus sospechas, le corrompieron la única mujer á quien verdaderamente habia amado en el mundo, su compañera de destierro, su esposa.

El poeta fué siempre celoso como un árabe. Biznieto de un negro, las pasiones de Othelo hervian ruidosamente en su pecho.

¿Eran fundados sus celos? No ha podido averiguarlo la historia; pero sí dirá siempre que podia temerlo todo Pouchkine de su propia abyeccion y de los compañeros que le rodeaban. Los anónimos no le consentian vida tranquila. Varios maridos engañados le hablaban bajo sus firmas de la comunidad de sus desgracias. Danthes, oficial de guardias, era el rival preferido. Corrió el poeta á su casa, mostróle las cartas, y demandó en el acto un desagravio, una reparacion. Danthes, para disuadirlo, pidióle la mano de su cuñada, de la hermana mayor de la señora de Pouchkine. Verificóse el matrimonio; pero se engendraron nuevas sospechas. En tal situacion, el poeta injurió públicamente á su cuñado, y el cuñado no tuvo más remedio que empeñar y aceptar un duelo. ¡Terrible tragedia! Dos hombres unidos por tantos lazos, casados con dos hermanas, iban á matar ó morir. El uno de ellos arrastraba al sepulcro una existencia henchida de placeres; el otro una existencia malograda por haber faltado á la vocacion de su génio. Los dos, antes de matarse, llevaban algo muerto y podrido en sus respectivas almas.

El duelo se verificó en espeso bosque cerca de Petersburgo. Danthes disparó primero. Pouchkine fué mortalmente herido. En las ansias de la muerte, con el velo de la eternidad ante los ojos, sintiendo partírsele el pecho al estertor de agonía desgarradora, apretó febrilmente la pistola, y la disparó sobre su enemigo. Herido Danthes en la paletilla izquierda, cayó al suelo. El poeta, creyéndole muerto, le arrojó la pistola á la cabeza, y dijo: yo pensé que me alegraría más la muerte de ese hombre. En realidad no habia otro muerto que él. Una larga, una penosísima agonía comenzó en cuanto le depositaron sobre su lecho. La familia, á quien habia deshonrado, le rodeaba desolada; y el pueblo, á

quien habia ofendido, pedia noticias de su poeta nacional. Solo un hombre, frio como el hierro, impasible como el destino, rodaba en torno de aquel triste lecho de agonía, para acabar de extinguir algo más grande que la vida material, para acabar de extinguir las obras del génio á quien habia corrompido. Este hombre era el Emperador. Podia el poeta haber escrito allá en la soledad de su gabinete, en el secreto de su conciencia, cuando el espectro de una vida malograda se apareciera á sus ojos febriles, cuando el torcedor del génio le demandara con imperio y con remordimientos alguna verdad saludable; podia entregar en tercetos, en estancias inmortales el tirano al castigo irreparable de una execracion eterna en la posteridad. Era indispensable arrancar este último florón á su corona; este último pedazo á su alma. El Emperador le mandó un emisario encargado de pedir todos sus papeles á cambio del pago de sus deudas, y de señalamiento de una pensión á su mujer y á sus hijos. El poeta selló este trato al borde oscuro de la eternidad. Era la madrugada del 2 de Enero de 1838 cuando espiró. Al morir, no pudo contemplar, no, con ojos serenos la posteridad, ni decir que habia cumplido fielmente con el ministerio de su génio. Dejábase entre las garras del despotismo su inmortalidad hecha trizas, y su gloria tan deleznable como el polvo de su cadáver. Ni aun sintió su perseguidor que tuviera funerales. En Rusia todo pertenece al Emperador. Era, pues, suyo tambien el cadáver. A la callada, en noche glacial, conduciendo el muerto á otra Iglesia que no fuera su parroquia, estando un cura que dijese como á hurtadillas rápida misa, dió tierra el Emperador al poeta, que bien pronto desapareció bajo el sudario de una inmensa capa de nieve, no tan fria como la capa de nieve que el despotismo tendiera sobre su génio. Ese es el destino de toda alma grande nacida bajo la infame coyunda del despotismo.

¡Cuán desolador el Gobierno absoluto! ¡Có-

mo apaga el génio! ¡Cómo corta sus alas á todas las bellas inspiraciones humanas! ¡Cuán perseguidos fueron siempre los escritores rusos! Lermontoff, que habia sido osado á gritar en verso venganza sobre el sepulcro del primer poeta nacional, es arrojado á las sombras del destierro, y muere desgraciadamente. Palevoi, que osa recordar la existencia de un problema social, ve sus artículos secuestrados, su invectiva paralizada, y se entrega al silencio primero, despues al elogio de los pretorianos y sus mentidas glorias. Gogol escribe las Almas muertas, una novela digna de Cervantes. Así como las fantasías de la Edad Media recibieron golpe mortal de la razon madura y moderna de Cervantes; los horrores de la servidumbre, el comercio con las almas que debian contarse ó no en los censos, recibieron golpe mortal del alma humanitaria de Gogol. Los pobres siervos en su eterna noche; los agentes del fisco en su codicia eterna; el triste alcablero de las estepas comerciando con los cuerpos y las almas; la podredumbre de una administracion, por cuyas venas corre el pus de todos los negocios; la vida del señor territorial encerrado, sapo asquerosísimo, en sus estepas, que parecen humedecidas de lágrimas; todos estos crímenes, y todos estos horrores, tomaron cuerpo y voz para denunciarse como siempre se denuncia á sí misma la maldad, en la obra imperecedera del inmortal escritor moscovita. La ironía es un gran corrosivo del mal y un gran despertador de la conciencia, porque opone á las tristezas de la realidad, á las sombras de lo presente, la clara, la vivísima luz del ideal. Aun cuando la ironía no señale ese ideal, búscalo ansiosa la razon, persuadida de las tristezas y de las tinieblas presentes. Una sátira elocuentísima aparece siempre junto á una iniquidad, que se cuarteada y se arruina. Antes de que la esclavitud se acabara en América, la novela de una mujer cristiana esparció por todas las conciencias, y derramó en todos los corazones, las nubes.

de lágrimas condensadas en las cabañas de los negros. Poco antes de que la servidumbre del terruño fuera enterrada en Rusia, la mató Gogol. Lo más admirable, para demostrar la eficacia del génio y la ineficacia de la persecucion, es que la censura dejó franco paso á la obra, y el Emperador la premió con un libro, cuyas hojas eran billetes de banco. Pero bien pronto conocieron todos el veneno guardado en aquella humilde flor de las estepas. Gogol fué acerbamente criticado, suponiéndole falta completa de patriotismo. La segunda parte de su novela ó no se escribió nunca, ó se quemó despues de escrita.

El poeta cayó en tristeza tan grande que nadie sabe todavía si lo consumió esta triste-

za. Lo cierto es que su razon se extravió mucho, y en sus extravíos, para agradar al amo de todas las Rusias, publicó unas deplorables cartas sobre la ortodoxia griega. En la juventud, en la fiebre, consumido por un mal misteriosísimo, mal que le daba profunda y extraña melancolía, espiró Gogol, despues de haber dejado entrever algunos círculos del infierno de la servidumbre. Pero la literatura, despertada por Pouchkine, cumplió su destino; á través del látigo, del Kout, de las bayonetas, de los vèrdugos, y de los Emperadores, pasó con su antorcha; y encendió en millones de seres enterrados bajo el terruño, la luz y el calor de la vida con la luz y el calor de la libertad.

CAPITULO XXII.

UNA REVOLUCION RUSA.

Agitada Rusia por innumerables ideas, debia tambien agitarse profundamente en la esfera inferior de la realidad de los hechos, durante los primeros dias del reinado de Nicolás. Su hermano Alejandro, que indirectamente contribuyera á la muerte violenta de su propio padre, Paulo I, y que convidára á los asesinos á llevar el ataud en el solemne entierro de la régia víctima; vivió vida melancólica, y murió muerte desesperada y siniestra. El recuerdo de su padre; la conviccion de que la corona habia quemado la frente de su hermano mayor; la seguridad de que el propio temperamento le arrastraban á la violencia; el matrimonio con una mujer de rango inferior á su rango; decidieron al gran-duque heredero, á Constantino, resuelta, poderosamente á declinar el Imperio, que solo podia anticiparle desastrosa muerte. Antes, mucho antes de que su hermano Alejandro pasara de esta vida, depositó el heredero Constantino en lugar seguro, solemne renuncia al trono, que debia recaer en la persona de su her-

mano segundo, Nicolás. Este dudaba si aceptarla ó no; y creia que la renuncia de Constantino necesitaba solemne confirmacion. Así, entre la muerte del Emperador Alejandro y el advenimiento del Emperador Nicolás, hubo un período de verdadero interregno.

La ocasion era propicia para un movimiento revolucionario. En esos instantes en que el poder carece de unidad, las revoluciones toman fuerza y corage. Por las estepas rusas corria el viento revolucionario que agitaba á toda Europa. El masonismo se confundia con las demás sectas de los campos rusos y llenaba los corazones de sentimientos progresivos y humanitarios. La irrupcion de las huestes napoleónicas habia sembrado tambien tras sus pasos vaga aspiracion á la reforma social. El ejemplo de los movimientos militares de España é Italia, esparcia esos contagios, en que palpita el espíritu fundamentalmente uno de toda Europa. La Constitucion española de 1812, constitucion esen-